

Honoré de Balzac (1799-1850)

Eugenia Grandet

CAPÍTULO I – FISONOMÍAS BURGUESAS

1 En algunos pueblecitos de provincias se encuentran casas cuya vista inspira una melancolía igual a la que
2 provocan los claustros más sombríos, las landas más desiertas o las ruinas más tristes. Y es que sin duda
3 participan a la vez esas casas del silencio del claustro, de la aridez de las landas y de los despojos de las rui-
4 nas: la vida y el movimiento son en ellas tan reposados, que un extranjero las creería deshabitadas si no en-
5 contrase de pronto la mirada fría y sin expresión de una persona inmóvil, cuyo rostro medio monástico aso-
6 ma por una ventana al oír el ruido de pasos desconocidos.

7 Este aspecto melancólico lo posee un edificio situado en Saumur¹, al extremo de la calle montuosa que
8 conduce al castillo por la parte alta de la villa. Esta calle, que se ve ahora poco frecuentada, cálida en verano,
9 fría en invierno y oscura en algunos parajes, es notable por la sonoridad de su empedrado, que está siempre
10 limpio y seco; por la estrechez de su vía tortuosa y por la paz de sus casas, que pertenecen a la villa antigua y
11 que dominan las murallas.

12 Unas casas tres veces seculares y sólidas aún a pesar de haber sido construidas con madera, y los diversos
13 paisajes que ofrecen, contribuyen a dar originalidad a aquella parte de Saumur, que es tan interesante para
14 anticuarios y artistas. Es difícil pasar por delante de estas casas sin admirar sus enormes vigas, cuyos extre-
15 mos forman extrañas figuras y que coronan de un bajo relieve negro el piso bajo de la mayor parte de ellas.

16 Aquí, piezas de madera transversales están cubiertas con pizarra y dibujan líneas azules en las frágiles
17 paredes de un edificio cubierto por un tejado formado de pontones que los años han encorvado, y de tablones
18 podridos y alabeados² por la acción alternativa del sol y de la lluvia; allá, se ven alféizares de ventanas viejos
19 y ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas apenas se ven y que parecen muy estrechos a juzgar por el tiesto
20 de arcilla negra de donde brotan las plantas de clavel o de rosal de alguna pobre obrera; y más lejos, puertas
21 provistas de enormes clavos con los cuales trazaron nuestros antepasados los jeroglíficos domésticos cuyo
22 sentido no se conocerá nunca. Tan pronto se ven allí los caracteres con que un protestante hizo constar su fe,
23 como aquellos con que un partidario de la Liga manifestó su odio a Enrique IV, sin faltar tampoco los del
24 burgués que grabó allí las insignias de su nobleza parroquial, la gloria de su olvidada regiduría. En estas hue-
25 llas se ve la historia entera de Francia. Al lado de la frágil casa construida con ripios y cascote donde el arte-
26 sano deificó sus herramientas, se levanta el palacio de un noble sobre cuya puerta con dintel de piedra se ven
27 aún algunos vestigios de su escudo y armas, destrozados por las diversas revoluciones que desde 1789 agita-
28 ron el país.

29 En esta calle, los pisos bajos de los comerciantes no son ni tiendas ni almacenes, y los aficionados a anti-
30 güedades podrán ver en ellos el taller de nuestros abuelos en toda su primitiva sencillez. Estas salas bajas,
31 que no tienen delantera, ni rótulo, ni escaparate, son profundas y oscuras, y carecen de adornos exteriores e
32 interiores. Su puerta está dividida en dos partes toscamente herradas, de las cuales, la superior se abre inte-
33 riormente, y la inferior, provista de una campanita con resorte, se abre y se cierra a placer. El aire y la luz
34 penetran en aquella especie de antro húmedo ya por la parte superior de la puerta, o ya por el hueco que hay
35 entre el techo y el paredón de un metro de altura, al que se adaptan unas sólidas ventanas que se quitan por la
36 mañana y se colocan por la noche, sujetándolas con flejes de hierro provistos de sus correspondientes pernos.
37 El paredón sirve al comerciante para colocar sus mercancías. Allí no se conoce el charlatanismo. Con arreglo
38 a las costumbres del comercio, las muestras consisten en dos o tres cubetas llenas de sal y de bacalao, en
39 algunos paquetes de tosca tela, en cuerdas, en latón colgado de las vigas del techo, en aros a lo largo de las
40 paredes y en algunas piezas de paño en los estantes.

41 Ahora, entrad³. Una joven limpia, radiante de juventud, de brazos rojos y cubierta con blanca toquilla,
42 deja de hacer calceta y llama a su padre o a su madre, que acude, y os vende flemática, complaciente o arro-
43 gantemente, según su carácter, lo mismo diez céntimos que veinte mil francos de mercancías.

44 Allí podéis ver un comerciante de duelas⁴ sentado a su puerta y dando vueltas a los pulgares mientras
45 habla con su vecino; y, a juzgar por las apariencias, diréis que no posee más que malas duelas y tres paquetes

¹ Saumur, pueblo francés, famoso por sus caballos y sus vinos. Está situado cerca de Tours, ciudad donde nació Balzac.

² Alabeados, encorvados, deformados.

³ El autor, con este imperativo, se dirige a los lectores, en un procedimiento muy propio del narrador omnisciente. Lo mismo hará unas líneas más abajo, cuando dice «allí podéis ver».

⁴ Duelas, cada una de las tablas curvadas de un barril, tonel o cuba.

46 de latas; pero en el puerto, su taller, lleno, provee a todos los toneleros de Anjou⁵, y, duela más, duela menos,
47 este hombre puede decirnos para cuántos toneles tendrá si la recolección es buena: un rayo de sol le enriquece,
48 una tormenta le arruina, y en una sola mañana puede ponerse a once francos el tonel que sólo vale seis.

49 En este país, como en Turena⁶, las vicisitudes de la atmósfera influyen en la vida comercial.

50 Viñeros, propietarios, comerciantes en maderas, toneleros, posaderos, marineros, en una palabra, todos
51 están allí al acecho de un rayo de sol, y tiemblan al acostarse ante la idea de que al despertar pueda encon-
52 trarse todo helado; temen la lluvia, el viento, la sequía, y quieren agua, calor y nubes a su gusto. En aquel
53 país hay un duelo constante entre el cielo y los intereses materiales, y el barómetro entristece y alegra sucesi-
54 vamente la fisonomía de sus habitantes.

55 Las palabras: «¡Vaya un tiempo hermoso!» corren de puerta en puerta de un extremo a otro de aquella
56 calle que antaño se llamaba la calle Mayor, y todo el mundo dice a su vecino que llueven luises de oro, dan-
57 do a entender con esto que saben lo que un rayo de sol o lo que una lluvia oportuna les vale. Los sábados por
58 la tarde, durante el buen tiempo, os sería imposible adquirir cinco céntimos de mercancía en las tiendas de
59 estos honrados industriales, pues todos tienen su viña o su quinta y se van a pasar dos días al campo.

60 En este pueblo, como lo tienen todo previsto, es decir, compra, venta y ganancias, los comerciantes pue-
61 den emplear de las doce horas del día, diez en alegres giras, en observaciones, comentarios y continuos es-
62 pionajes. Allí, una mujer no compra una perdiz sin que los vecinos pregunten al marido al día siguiente si
63 estaba bien aderezada. Una joven no asoma la cabeza a su ventana sin que sea vista por todos los grupos de
64 ociosos. De modo que en aquel paraje las conciencias están a la luz del día, del mismo modo que carecen de
65 misterios aquellas casas impenetrables, negras y silenciosas.

66 La vida se hace casi al aire libre: cada familia se sienta a su puerta y almuerza, come y disputa allí.

67 No pasa nadie por la calle que no sea estudiado. Así es que antaño, cuando un extranjero llegaba a un
68 pueblo de provincias, era objeto de burlas continuas de puerta en puerta, y de ahí provienen los buenos cuen-
69 tos y el sobrenombre de burlones que se da a los habitantes de Angers, que se distinguen por su mucha gra-
70 cia.

71 Los palacios antiguos de la antigua villa están situados en la parte más elevada de aquella calle, habitada
72 antaño por los hidalgos del país. La casa llena de melancolía donde se desarrollaron los acontecimientos de
73 esta historia, era precisamente uno de estos edificios, resto venerable de un siglo en que las cosas y los hom-
74 bres tenían ese carácter sencillo que las costumbres francesas van perdiendo a pasos agigantados.

75 Después de seguir las sinuosidades de este camino pintoresco, cuyos menores accidentes despiertan re-
76 cuerdos y cuyo efecto general tiende a sumir a uno en maquinaledad, se ve un sombrío hueco en cuyo
77 centro se esconde la puerta de la casa del señor Grandet. Es imposible comprender todo el interés que des-
78 pierta este nombre en Saumur sin hacer la biografía del señor Grandet. El señor Grandet gozaba en Saumur
79 de una reputación cuyas causas y efectos no pueden ser perfectamente comprendidos por aquellas personas
80 que no han vivido poco o mucho en provincias. El señor Grandet, llamado por algunos el padre Grandet, y
81 que pertenecía al número de los ancianos que disminuían ya insensiblemente, era, en 1789, un maestro tone-
82 lero que gozaba de una posición desahogada y que sabía leer, escribir y contar. Cuando la República francesa
83 puso a la venta en el distrito de Saumur los bienes del clero, el tonelero, que contaba a la sazón cuarenta
84 años, acababa de casarse con la hija de un rico comerciante en maderas. Grandet, provisto de su fortuna lí-
85 quida y de la dote de su mujer, unos dos mil luises en oro, se fue a la capital del distrito, y allí, mediante
86 doscientos dobles luises que ofreció su suegro al feroz republicano que vigilaba la venta de los bienes nacio-
87 nales, obtuvo legalmente, aunque no legítimamente, por un pedazo de pan, los viñedos más hermosos de la
88 comarca, una antigua abadía y algunas granjas.

89 Los habitantes de Saumur eran poco revolucionarios, y el padre Grandet pasó por hombre atrevido, por
90 republicano, por patriota, por hombre dado a las nuevas ideas (siendo así que a lo que era, en realidad, dado,
91 era a las buenas viñas), y fue nombrado miembro de la administración del distrito de Saumur, donde dejó
92 sentir política y comercialmente su pacífica influencia.

93 Políticamente, protegió a los nobles e impidió con todo su poder la venta de bienes de los emigrados;
94 comercialmente, proveyó a los ejércitos republicanos de un millar o dos de toneles de vino blanco que cobró
95 entrando en posesión de unas soberbias praderas que dependían de un convento de monjas, y que entraban a
96 formar parte del último lote.

97 Cuando el Consulado⁷, el honrado Grandet fue alcalde, administró honradamente y vendimió mejor;
98 cuando el Imperio le llamaron señor Grandet. Napoleón no quería a los republicanos y reemplazó al señor

⁵ *Anjou*, región de Francia en la que se encuentra Saumur. Su capital es Angers.

⁶ *Turena*, región de Francia situada al lado de Anjou. Su capital es Tours.

⁷ Se llama *Consulado* a la primera etapa del poder de Napoleón, antes de proclamarse emperador.

99 Grandet, reputado de haber llevado el gorro frigio⁸, por un gran propietario, un hombre cuyo apellido iba
100 precedido de partícula, un futuro barón del Imperio. El señor Grandet dejó los honores municipales sin nin-
101 guna pena, porque ya había hecho hacer en interés de la villa excelentes caminos que conducían a sus pro-
102 piedades⁹. Su casa y sus bienes, ventajosamente empadronados, pagaban moderados impuestos. Después de
103 clasificadas sus diferentes propiedades, sus viñas, gracias a sus constantes cuidados, habían pasado a ser la
104 cabeza del país, palabra técnica que se empleaba allí para indicar los viñedos que producen los vinos de me-
105 jor calidad.

106 Con este motivo hubiera podido pedir la cruz de la Legión de Honor¹⁰.

107 Este acontecimiento tuvo lugar en 1806, época en que el señor Grandet frisaba en los cincuenta y siete
108 años, su mujer en los treinta y seis y su hija única, fruto de sus legítimos amores, en los diez¹¹.

109 El señor Grandet, al que la Providencia quiso sin duda consolar de su desgracia administrativa, heredó
110 sucesivamente durante este año a la señora de la Gaudiniere, madre de su mujer, al anciano de la Bertelliere,
111 padre de la difunta, y a la señora Gentillet, abuela materna suya: tres herencias cuya importancia no conoció
112 nadie, pues la avaricia de estos tres ancianos era tan grande, que hacía ya mucho tiempo que amontonaban su
113 dinero para poder contemplarlo secretamente. El anciano señor de la Bertelliere decía que colocar dinero era
114 una prodigalidad, juzgando que era mayor el interés que se percibía contemplando el dinero que beneficián-
115 dose con la usura. El pueblo de Saumur dedujo el valor de las economías por las rentas de los bienes inmue-
116 bles.

117 El señor Grandet obtuvo entonces el primer título de nobleza que nuestra manía de igualdad no podrá
118 borrar nunca, pasando a ser el primer contribuyente del distrito. Grandet explotaba cien fanegas de viñedo,
119 las cuales, en los años de abundancia, le daban de catorce a dieciséis hectolitros de vino; poseía trece alque-
120 rías¹² y una abadía cuyas ventanas y puertas había tapado por economía y para que se conservase; y ciento
121 veintisiete fanegas de praderas donde crecían tres mil álamos plantados en 1793. Finalmente, la casa en que
122 vivía era también suya, y de este modo se calculaba su fortuna visible.

123 Respecto a su capital, dos personas únicamente podían calcular vagamente su importancia, la una era un
124 tal señor Cruchot, notario encargado de colocar el dinero al señor Grandet, y la otra el señor de Grassins, que
125 era el banquero más rico de Saumur, y en cuyos negocios tomaba parte el viñero cuando a aquél le convenía.
126 Aunque el anciano Cruchot y el señor de Grassins poseyesen esa profunda discreción que la confianza y la
127 fortuna engendran en provincias, demostraban públicamente tal respeto al señor Grandet, que los observado-
128 res podían calcular la magnitud del capital del antiguo alcalde por la obsequiosa consideración de que era
129 objeto.

130 No había nadie en Saumur que no estuviese persuadido de que el señor Grandet tenía un tesoro particular
131 o algún escondite lleno de luises y de que se daba todas las noches el inmenso goce que procura la vista de
132 una gran masa de oro. Los avaros tenían una especie de certidumbre de esto al ver los ojos de Grandet, a los
133 que el oro parecía haber comunicado sus tonos amarillos. La mirada de un hombre acostumbrado a sacar
134 enormes intereses de su capital contrae necesariamente, como la del lujurioso, la del jugador o el artesano,
135 ciertos matices indefinibles y ciertos movimientos furtivos, ávidos y misteriosos que no pasan nunca desa-
136 percibidos para sus correligionarios. Este secreto lenguaje forma, en cierto modo, la francmasonería de las
137 pasiones.

138 El señor Grandet inspiraba, pues, la respetuosa estimación a que tenía derecho un hombre que no debía
139 nada a nadie, que, como viejo tonelero y viejo viñero, adivinaba con la precisión de un astrónomo el año en
140 que era preciso fabricar mil toneles para su recolección o solamente cinco, que no desperdiciaba ningún ne-
141 gocio, que tenía siempre vino para vender cuando éste subía de precio y que podía conservar su cosecha en
142 sus bodegas y esperar el momento de vender el tonel a doscientos francos, cuando los pequeños propietarios
143 daban el suyo a cinco luises. Su famosa cosecha de 1811, sabiamente almacenada y lentamente vendida, le
144 había valido más de doscientos cuarenta mil francos. Financieramente hablando, el señor Grandet tenía algo
145 de tigre y de boa: sabía agazaparse, contemplar largo tiempo su presa, saltar encima de ella, abrir la boca de
146 su bolsa, tragarse un montón de escudos y acostarse luego tranquilamente, como la serpiente impasible, fría y
147 metódica que digiere.

⁸ *Gorro frigio*, gorro de color rojo que usaron los partidarios de la República en los años de la Revolución Francesa, y que pasó a convertirse después en símbolo de todas las Repúblicas.

⁹ Frase evidentemente irónica. El señor Grandet había aprovechado su cargo político en beneficio propio.

¹⁰ La Legión de Honor es la distinción honorífica más importante de Francia desde la Revolución.

¹¹ En este párrafo podemos deducir la fecha de nacimiento de los personajes: el protagonista había nacido en 1749; su mujer, en 1780, y su hija en 1796. Estos datos son importantes para después encajar la historia que se narra en la novela con la cronología externa, es decir, con los acontecimientos que ocurrían en aquellos años.

¹² *Alquería*, granja, explotación ganadera.

148 Nadie le veía pasar sin experimentar un sentimiento de admiración mezclado de respeto y terror. ¿No
149 había sentido todo el mundo, poco o mucho, en Saumur, el cortés arañazo de sus garras de acero? A éste, el
150 señor Cruchot le había proporcionado el dinero necesario para comprar una propiedad, pero le había cobrado
151 el once por ciento; a aquél, el señor de Grassins le había descontado un giro, pero cobrándole una prima
152 enorme. Pocos días transcurrían sin que el nombre del señor Grandet dejase de pronunciarse, ya en el merca-
153 do o ya por la noche en las veladas.

154 Para algunos, la fortuna del anciano viñero era objeto de orgullo patriótico; así es que más de un nego-
155 ciante y más de un posadero llegó a decir a los forasteros con cierto orgullo:

156 –Señor, aquí tenemos dos o tres casas millonarias; pero, respecto al señor Grandet, ¿ni él mismo sabe lo
157 que tiene!

158 En 1816, los calculadores más hábiles de Saumur estimaban los bienes territoriales de Grandet en cuatro
159 millones; pero como que desde 1793 a 1817 había sacado, término medio, cien mil francos anuales de sus
160 propiedades, era de suponer que poseyese en dinero una suma casi igual a la que tenía en tierras. Así es que
161 cuando, después de una partida de boston¹³ o de una gira a las viñas, se hablaba del gran propietario, las gen-
162 tes instruidas decían:

163 –¿El padre Grandet? ¡el padre Grandet debe tener cinco o seis millones!

164 –Es usted más listo que yo, que no he podido nunca saber el total, respondía el señor Cruchot o el señor
165 de Grassins, si oían este dicho.

166 Cuando algún parisiense hablaba de los Rothschild o del señor Laffitte, la gente de Saumur le preguntaba
167 si eran tan ricos como el señor Grandet, y si el parisiense les respondía haciéndoles una desdeñosa afirma-
168 ción, aquellos se miraban moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

169 Tan gran fortuna cubría con un manto de oro todos los actos de aquel hombre¹⁴. Si algunas particularida-
170 des de su vida dieron al principio pie para el ridículo y la burla, ésta y aquél se habían gastado, y en sus me-
171 nores actos, el señor Grandet gozaba de gran autoridad. Su palabra, su ropa, sus gestos y el guiño de sus ojos
172 hacían ley en el país, donde todo el mundo había podido reconocer en el millonario, después de haberle estu-
173 diado como un naturalista estudia los efectos del instinto en los animales, una profunda y muda sabiduría en
174 sus más ligeros movimientos. «Cuando el padre Grandet se ha puesto guantes forrados, es que el invierno
175 será rudo, se decía: es preciso vendimiar. Cuando el padre Grandet compra tantas duelas, es que habrá gran
176 cosecha de vino este año».

177 El señor Grandet no compraba nunca pan ni carne. Sus inquilinos llevaban todas las semanas una provi-
178 sión suficiente de capones, pollos, huevos, manteca y trigo. Poseía un molino cuyo arrendatario estaba obli-
179 gado a molerle una cantidad de grano y llevarle la harina a casa. La gran Nanón, su única criada, aunque no
180 fuese ya joven, amasaba y cocía todos los sábados el pan necesario para la casa. El señor Grandet se había
181 arreglado con los hortelanos que eran inquilinos suyos para que le proveyesen de legumbres. Respecto a la
182 fruta, el propietario recogía una cantidad tan grande de ella, que la mayor parte la llevaba a vender al merca-
183 do. La leña para el fuego la cogía de los setos y de los árboles secos, y sus cortijeros la llevaban a su casa de
184 balde en carros; se la colocaban por complacencia en la leñera, y recibían, en cambio, las gracias. Sus únicos
185 gastos consistían en el vestir de su mujer, de su hija y el suyo, en el pago de las sillas en la iglesia, en la luz,
186 en la soldada de la gran Nanón, en la recompostura de las cacerolas, en el pago de los impuestos, en la repa-
187 ración de los edificios y en los gastos de las explotaciones. El millonario tenía seiscientas fanegas de bosque
188 compradas recientemente y que él hacía vigilar al guarda de un vecino, prometiéndole una indemnización.
189 No comió nunca caza hasta después de haber hecho esta adquisición.

190 Las maneras de este hombre eran muy sencillas¹⁵: hablaba poco y, generalmente, expresaba sus ideas con
191 frases cortas y sentenciosas dichas en voz muy baja. Desde la Revolución, época en que se atrajo las miradas
192 de todo el mundo, Grandet tartamudeaba de una manera fatigante tan pronto como tenía que hablar mucho
193 tiempo o sostener una discusión. Este tartamudeo, la incoherencia de sus palabras, el flujo de términos con
194 que ahogaba su pensamiento y su falta aparente de lógica, atribuidos a un defecto de educación, eran afecta-
195 dos, y algunos acontecimientos de esta historia bastarán para explicarlos suficientemente¹⁶. Por otra parte,
196 cuatro frases, exactas como fórmulas algebraicas, le servían generalmente para abrazar y resolver todas las
197 dificultades del comercio: «No sé; no puedo; no quiero; ya veremos».

198 No decía nunca sí o no, ni escribía a nadie. Si le hablaban, escuchaba fríamente apoyando la barba en la
199 mano derecha y el codo en la palma de la izquierda, y, una vez que formaba una opinión, nadie le sacaba de

¹³ *Boston*, cierto juego de naipes.

¹⁴ Este frase significa que, al ser este personaje tan rico, todo se le permitía y todo se le perdonaba.

¹⁵ En las líneas anteriores hemos visto quién es el señor Grandet. Ahora empieza la etopeya, es decir, la descripción de su carácter y su forma de ser.

¹⁶ Afirmación propia de un narrador omnisciente, que ahora anuncia algo que pasará más adelante.

200 ella. Meditaba concienzudamente los tratos más insignificantes. Cuando, después de una larga conversación,
201 su adversario le descubría el secreto de sus pretensiones creyendo haberle cogido, él le respondía:
202 –No puedo decidir nada sin haberlo consultado con mi mujer.
203 Ésta, a quien él había reducido a un completo aislamiento, era en sus negocios su escudo más cómodo.
204 Grandet no iba a comer nunca a casa de nadie ni invitaba a nadie a comer en la suya. No hacía nunca rui-
205 do, parecía economizarlo todo, hasta el movimiento, y no molestaba nunca a los demás, llevado de su cons-
206 tante respeto a la propiedad.
207 Sin embargo, a pesar de la dulzura de su voz y de su actitud circunspecta, el lenguaje y costumbres del
208 tonelero se notaban sobre todo en su casa, donde se comprimía menos que en ninguna otra parte. En lo físico,
209 Grandet era hombre de cinco pies, rechoncho, cuadrado, con unas pantorrillas de doce pulgadas de circunfe-
210 rencia, grandes rótulas y anchas espaldas; su cara era redonda, curtida y marcada por la viruela; su barba era
211 recta, sus labios no ofrecían ninguna sinuosidad y sus dientes eran blancos; sus ojos tenían la expresión tran-
212 quila y devoradora que el pueblo atribuye al basilisco; su frente, llena de arrugas transversales, no carecía de
213 significativas protuberancias; y sus cabellos, rubios y blancos, eran de color plata y oro, al decir de algunas
214 gentes que no conocían la gravedad que podía tener el hecho de gastar una broma al señor Grandet. Su nariz,
215 gorda por la punta, sostenía un lobanillo vetado que, según decía el vulgo, y no sin razón, estaba lleno de
216 malicia. Esta cara anunciaba esa astucia peligrosa, esa fría probidad¹⁷ y ese egoísmo del hombre acostumbra-
217 do a concentrar sus sentimientos en el único ser que le fue siempre querido, en su hija Eugenia, en su única
218 heredera. Por otra parte, la actitud, los modales, el paso, todo en él confirmaba esa creencia en sí que da la
219 costumbre de ver que se sale siempre airoso en sus empresas; así, pues, aunque el señor Grandet era, en apa-
220 riencia, hombre de costumbres sencillas y afeminadas, tenía un carácter de hierro.
221 Vestido siempre del mismo modo, el que lo veía hoy, le veía tal cual era en 1791.
222 Llevaba en todo tiempo gruesos borceguíes¹⁸ atados con cordones de cuero, medias de lana, un pantalón
223 corto de grueso paño color marrón con hebillas de plata, un chaleco de terciopelo a rayas amarillas y pardas
224 alternativamente, una ancha levita, una corbata negra y un sombrero de cuáquero¹⁹. Sus guantes, tan gruesos
225 como los de los gendarmes, le duraban año y medio, y, para conservarlos limpios, los colocaba siempre con
226 gesto metódico sobre el ala de su sombrero.
227 Esto era lo único que los de Saumur sabían acerca de este personaje. Seis habitantes únicamente tenían
228 derecho a entrar en su casa. El más considerado de los tres primeros, era el sobrino del señor Cruchot. Desde
229 que había sido nombrado presidente de la audiencia de Saumur, este joven había unido a su nombre de Cru-
230 chot el de Bonfons y trabajaba para que prevaleciese el segundo sobre el primero, y al efecto se firmaba ya
231 C. de Bonfons. El pleitista²⁰ poco avispado que se atrevía a llamarle señor Cruchot, no tardaba en apercibirse
232 en la audiencia de su torpeza. El magistrado protegía a los que le llamaban «señor presidente»; pero favore-
233 cía con sus más graciosas sonrisas a los que le llamaban señor de Bonfons.
234 El señor presidente tenía treinta y tres años, poseía la propiedad de Bonfons (Boni Fontis), que daba siete
235 mil francos de renta, y esperaba la herencia de su tío el notario y la de su otro tío el abate Cruchot, dignatario
236 del cabildo de San Martín de Tours; personas ambas reputadas de ser bastante ricas. Estos tres Cruchot, sos-
237 tenidos por buen número de primos emparentados con veinte casas de la villa, formaban un partido, como en
238 otro tiempo en Florencia los Médicis, y, como éstos, los Cruchot tenían sus Pazzi.
239 La señora de Grassins, madre de un joven de veintitrés años, era asidua concurrente a casa de Grandet y
240 esperaba casar a su querido Adolfo con la señorita Eugenia. El banquero señor de Grassins favorecía vigorosa-
241 mente las maniobras de su mujer, y hacía secretamente constantes favores al anciano avaro. Estos tres
242 Grassins tenían asimismo sus adherentes, sus primos y sus fieles aliados.
243 Por parte de los Cruchot, el cura, que era el Talleyrand²¹ de la familia, ayudado de su hermano el notario,
244 disputaba vivamente el terreno a la banquera, e intentaba conquistar a la rica heredera para su sobrino el pre-
245 sidente. Este combate secreto entre los Cruchot y los Grassins, cuyo premio era la mano de Eugenia Grandet,
246 interesaba extraordinariamente a las diversas familias de Saumur. ¿Con quién se casará la señorita Grandet?
247 ¿Con el señor presidente o con Adolfo de Grassins? A esta pregunta, unos respondían que el señor Grandet
248 no daría su hija ni al uno ni al otro. El antiguo tonelero, dominado por la ambición, quería casar a su hija,

¹⁷ *Probidad*, honradez.

¹⁸ *Borceguíes*, botas de piel fina que llegaban casi hasta las rodillas.

¹⁹ *Cuáquero*, miembro de una secta religiosa fundada en Inglaterra y con presencia en Estados Unidos. En Europa continental está poco extendida. Aquí se refiere a la forma de vestir que tenían tradicionalmente sus miembros.

²⁰ *Pleitista*, abogado.

²¹ *Talleyrand* (1754-1838) fue un sacerdote, político, diplomático y estadista francés, de extrema relevancia e influencia en los acontecimientos de finales del siglo XVIII e inicios del XIX.

249 según se decía, con algún par de Francia²² que, mediante sus trescientos mil francos de renta, aceptase todos
250 los toneles pasados, presentes y futuros de los Grandet. Otros replicaban que los señores de Grassins eran
251 nobles y poderosamente ricos; que Adolfo era un hermoso hidalgo y que, a menos de no aspirar a un sobrino
252 del Papa, semejante alianza tenía que satisfacer a gentes tan insignificantes, a un hombre a quien todo Sau-
253 mur había visto con la doladera en la mano y que, por otra parte, había llevado el gorro frigio. Los más sen-
254 satos advertían que el señor Cruchot de Bonfons tenía entrada en la casa a todas horas, mientras que su rival
255 sólo era recibido los domingos. Unos sostenían que la señora de Grassins tenía más intimidad con las muje-
256 res de la casa Grandet que los Cruchot, y que podía inculcarles ciertas ideas que, tarde o temprano, contribui-
257 rían a que saliese airoso en su empresa. Otros replicaban que el abate Cruchot era el hombre más insinuante
258 del mundo y que, tratándose de una mujer contra un cura, la partida estaba igualada.

²² Se llamaba «pares de Francia» a los nobles más ilustres del país antes de la Revolución.

